

Segundo libro, Capítulo 12: Él Era una Rata y Tenía Asuntos Más Prácticos - Druid del Centro (Bosquejo del Primer Libro)

- Segundo libro, Capítulo 12: Él Era una Rata y Tenía Asuntos Más Prácticos - Druid del Centro (Bosquejo del Primer Libro)

Segundo libro, Capítulo 12: Él Era una Rata y Tenía Asuntos Más Prácticos - Druid del Centro (Bosquejo del Primer Libro)

Jacopo se desplazó rápidamente por la ciudad, usando el mapa mental que Dante le había proporcionado para dirigirse hacia el Barrio Alto. Dante no solía frecuentar esa zona, ya que la mayoría era rechazada en las puertas a menos que pudieran demostrar que tenían asuntos allí, pero existían caminos para quienes realmente deseaban estar allí, y Dante recordaba claramente que en su sentencia a la Fosa fue escoltado a través de esas calles. Sin embargo, Jacopo no estaba sujeto a esas restricciones y simplemente atravesó la puerta principal con facilidad.

La primera impresión de Jacopo al llegar al Barrio Alto fue lo diferente que era del resto de la ciudad. Las calles estaban lisas en lugar de llenas de baches, los edificios sin grietas ni mugre, y todos los habitantes olían a flores y agua pura. Inmediatamente lo detestó.

Se alejó de las puertas y adentró más en el Barrio Alto, procurando mantenerse en las sombras que aún quedaban. Los dos-piernas de allí también eran distintos a los que Jacopo conocía. Eran más... distintivos. Menos mezclados que Dante. Los de orejas puntiagudas y altas no tenían evidencia de colmillos, los de constitución ancha y corta no tenían verde ni púrpura en sus barbas, y los humanos eran bastante poco interesantes a la vista, aunque parecían cubrirse con telas mucho más finas para compensar.

Si Jacopo hubiera sido un dos-piernas o se hubiera interesado más en aprender sobre ellos, podría haber sabido que tener una nobleza formada por tantas razas diferentes era algo muy poco común. La mayoría de las naciones tenían una clase gobernante compuesta solo por una o dos razas. Pero Rendhold era diferente. Cuando se fundó, no tenía nobles; era gobernada por la gente y funcionaba como una ciudad frontera entre dos pequeños reinos. Debido a la confusión sobre la autoridad y propiedad en esa ciudad, se convirtió en un lugar popular para nobles y políticos exiliados que buscaban refugio, trayendo consigo vastos recursos. Esos nobles provenían de muchas líneas distintas, pero con el tiempo todos estuvieron de acuerdo en que Rendhold tenía un potencial enorme. Poco a poco, fueron tomando el control de la ciudad y estableciéndose como la nueva

clase gobernante, creando una nobleza propia. Los nobles exiliados o los segundos hijos todavía podían obtener el estatus noble y protección cuando se trasladaban a Rendhold, a cambio de un precio. El consejo solo permitía servir a aquellos con sangre noble. A Jacopo no le interesaba, ni le importaba, toda esa historia, claro. Él era una rata, y tenía asuntos más prácticos que en ocasiones tenían que ser subordinados por su vínculo con una dos-piernas.

Los edificios también eran muy distintos a los que él había visto antes. Eran más grandes, y cada uno tenía un aspecto único. Las dos-piernas verdes y con colmillos solían congregarse en torno a construcciones de piedra con ventanas estrechas, algunas apenas lo suficientemente grandes para que Jacopo pudiera pasar, las de estructura baja preferían edificaciones de piedra que parecían extenderse bajo tierra, y las de orejas altas y puntiagudas preferían hogares delgados de madera, que parecían más altos de lo que deberían ser, rodeados de jardines frescos.

Según lo que había aprendido de Dante, esta zona alberga a los nobles más nuevos y pobres, y en ella se encontraba el gran mercado que conectaba con el resto de la ciudad. Jacopo necesitaba adentrarse más, cerca de las Torres de los Magos, para hallar el distrito administrativo.

Se desplazó por callejuelas más agradables que las principales en el centro, evitando a un gato gordo saltando por unas vallas estrechas que no podía atravesar, hasta llegar a su destino. Los edificios allí eran muy diferentes a los que había visto en el centro. Construidos con piedra negra, altos y soberbios, con columnas blancas y símbolos dorados. En el centro de la plaza, se alzaban una serie de estatuas de todos los dioses vinculados al gobierno. El Padre, Justicia, y otros cuantos que Jacopo no conocía, ya que a él poco le interesaba qué dioses adoraran las razas de dos-piernas.

Se dirigió hacia las estatuas en el centro, trepando la más grande de ellas, la del Padre, y encorvándose sobre sus hombros para observar la plaza. Era mediodía, y la actividad era intensa, por lo que extensionó sus sentidos, alcanzando a otros ratones, murciélagos y cucarachas en la zona para ver desde múltiples ángulos. No podía sostener en su mente tantos ojos como Dantes, pero su capacidad para habitar en ellos y leer sus sensaciones era mucho más aguda, lo que lo compensaba con creces. En esta parte de la ciudad había muchos menos roedores, otra razón para que no le agradara, y descubrió que, al igual que las panaderías que había intentado robar en el centro de la ciudad, cada edificio estaba sellado contra los ratones que enviaba a explorar sus entradas.

Recordó en su mente las imágenes de las personas que buscaba. La magíster que había ligado a Syn con el Pozo, y Danglars. Se quedó sentado escudriñando por largo tiempo. Deseaba que Dantes tuviera la sensatez de proporcionarle un aroma para cualquiera de ellos. Supuso que la extraña mujer cambiante de forma probablemente no podría ayudar con eso, pero estaba seguro de que Dantes conocía muy bien el olor de Danglars. Enviando sus sentidos, comprobó a Dantes, quien se le permitió con un saludo mental. La conexión requería más esfuerzo a esa distancia, pero era posible con algo de concentración de ambos.

Dantes contemplaba las cartas en su mano. Jacopo no entendía qué estaba mirando, pero tuvo la impresión de que Dantes estaba satisfecho con lo que tenía.

“¿Algún avance hasta ahora?” preguntó Dantes mientras lanzaba un par de monedas de plata a un montón en una especie de ritual extraño que a Jacopo no le pareció necesario aclarar.

“No. Estoy aquí, pero ninguno de los dos con dos patas ha aparecido.”

Dantes tomó un sorbo de su bebida. “Pues, aunque no encuentres a ninguno de los dos, pronto tendré una forma de romper el hechizo que te impide entrar en ciertos edificios. Aunque sería útil saber primero dónde están.”

Jacopo asintió mentalmente. Esa era la razón por la cual aceptó hacer esto, en lugar de lo que había planeado originalmente para el día: alimentarse, luchar y tener sexo. Deseaba que ningún lugar le estuviera vedado.

Dantes levantó una mano frente a su rostro con destreza, manteniendo una expresión neutra a pesar de la terrible mano que había recibido. “Necesito recuperar mi concentración aquí. Déjalo unos par de horas más. Si no aparecen, nos veremos en el jardín.”

Jacopo cortó la conexión sin la cortesía de un adiós. Esos detalles realmente no le importaban y volvió su atención a la plaza ante él. Tras otra hora de observación, encontró a Danglars.

Al principio no lo reconoció; los recuerdos de Dantes estaban desfasados. Aunque Danglars había sido de estatura alta, solo un poco más bajo que Mondego y delgado, su postura se había deteriorado y su cintura casi se había duplicado respecto a antes. Su cabello azul oscuro, la única marca de su remoto linaje gnómico, también había comenzado a retraerse, haciendo que su prominente coronilla de viuda fuera especialmente precaria.

Jacopo saltó del pedestal de la Estatua del Padre y se deslizó entre las piernas de la multitud. A diferencia del Midtown, los ciudadanos de Uptown no miraban hacia abajo. No se preocupaban por lo que había debajo, y, a diferencia de los residentes del centro, no tenían que preocuparse tanto por lo que pudieran pisar.

Llegó cerca de Danglar y comenzó a seguirlo, escuchando discretamente su conversación. Estaba hablando con tres jóvenes damas de compañía, todas con cabello rojo, aunque cada una perteneciente a una raza distinta.

“-Asegúrate de aplazar mi reunión con Cerpin mañana.”

“¿Por qué razón, señor?”

“Por prostitución, pero inventa una excusa mejor que esa.”

“Sí, señor.”

“También necesito que prepares un informe sobre el negocio de tierras, pero que sea deficiente. La parte contraria me dio un soborno tentador.”

“Perfecto, señor. ¿Quiere que manejemos también la reunión con las autoridades del puerto?”

Danglars se detuvo. “No... Yo me encargaré de eso como siempre.”

Jacopo los siguió hasta que llegaron a uno de los edificios bajos de color negro; había palabras escritas afuera, pero Jacopo no podía leerlas a menos que Dantes le interpretara.

“Que traigan algo de comer a mi oficina. Algo grasoso y decadente.”

“Sí, señor.”

“Y...” miró a cada una de las mujeres, asentando su vista en la humana. “Desha, acompáñame a mi oficina, ¿quieres?”

La mujer tragó saliva. “¿Está seguro, señor? Tiene su cita con Dosia en la ‘Dama cruel’. ¿No debería ahorrar energías?”

“Decidiré en qué tengo energías, eso dependerá.”

“Sí, señor.” La mujer parecía profundamente deprimida y las otras dos aliviadas, mientras entraban. Jacopo observó el edificio y trató de entrar, pero encontró que estaba bloqueado, igual que los otros. Aún así, había conseguido lo que buscaba, y Dantes le debía comida y bebida de calidad por su esfuerzo. Rápidamente salió de la zona alta y se dirigió a las calles más sucias y descuidadas, que ya comenzaba a considerar su hogar.